

EL ESPACIO
ENTRE
NOSOTROS
Kalie Reid

minotauro

EL
ESPACIO
ENTRE
NOSOTROS

KALIE REID

minotauro

Prólogo

Jude

Dos mirlos cruzaron el cielo a gran velocidad; un mal augurio, si la experiencia de Jude servía de algo.

Nubes de tormenta moteadas se acumularon donde la escarcha hacía resplandecer a los páramos; cuyos bordes ya estaban borroneados por la lluvia. Echó una mirada por sobre el hombro para asegurarse de que estaba solo antes de volver a concentrarse en el cielo. Se le cortó la respiración en el fondo de la garganta; los dedos le temblaban en los bolsillos.

Jude haría lo que fuera por ver un tercer pájaro cruzando el tumultuoso horizonte.

Las sombras aladas se movían con una fluidez vertiginosa, allí un instante y ya no al siguiente; azotaban sus plumas negras a través de la niebla como perros de caza que perseguían sangre. Aún sentía el aroma de los delgados abetos en los espacios vacíos entre sus costillas y atascado debajo de su lengua. El aire estaba en silencio. Demasiado. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba el canto de las aves hasta que el invierno estiró los dedos y silenció el mundo a su alrededor.

Había comenzado este ritual de los pájaros cuando era niño, sentado solo en un alféizar, mirando el mar y sintiendo un peso en el estómago. Tiempo atrás, cuando todavía estaba entero. Antes del exilio, antes de la santidad. Antes de que lo deshicieran y lo volvieran a armar precipitadamente. La vieja superstición a la que se aferraba le susurraba en la mente como una melodía de la que no podía escapar.

Uno, valentía. Dos, desolación. Tres, esperanza.

Malditos pájaros.

Se dio por vencido y regresó caminando fatigosamente a la casa. Tenía cascarillas de pintura aferradas a los dedos cuando empujó la puerta que llevaba al sótano. Se las limpió contra la chaqueta, sin fijarse en las manchas de lodo que ensuciaban la que alguna vez había sido una tela hermosa. Como toda su ropa, las mangas eran demasiado cortas, los pantalones le ajustaban los muslos más de lo que hubiera deseado. Habían sido hechos para un quinceañero. Era normal que ya no le quedasen bien a los veintitrés.

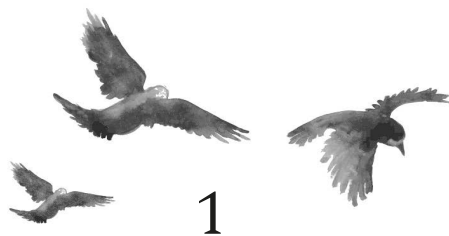
La puerta se cerró con un quejido escalofriante detrás de él. Jude se contrajo. En una especie de disculpa a la madera en mal estado, echó el cerrojo con suavidad. Tendría que dedicar algo de tiempo a reparar las áreas de putrefacción húmeda antes de que la temperatura terminara de bajar por el resto del invierno. La casa existía en un estado de descomposición constante, pero él trataba de hacer lo posible por mantenerla confortable. Necesitaba que durase, hasta el último ladrillo desgranado y bisagra chirriante.

Aun así, no pudo evitar preguntarse qué de todo se derrumbaría primero.

El estruendo de un trueno lo arrancó de sus pensamientos. Observó el desplazamiento de las nubes a través de la ventana manchada, evaluando el color morado como un moretón del cielo. No faltaba demasiado para que cayera la lluvia. Ya las montañas desaparecían bajo la niebla. Podía sentir las en el aire, la humedad del suelo y la vibración intensa del relámpago.

Se dio vuelta justo cuando una figura negra se apartaba de uno de los manzanos, abriendo alas emplumadas hacia la tormenta invasora.

Un tercer mirlo.



Maeve

El tañido de las campanas de la Abadía quebró el silencio. Maeve se enderezó con el sobresalto.

La luz fragmentada del sol se arqueaba sobre el techo de la basílica como el costillar de un gran leviatán. A esta hora de finales de la mañana, estaba sola en la gigantesca sala, algo por lo cual estaba secretamente agradecida. Rezar era una práctica vulnerable, sentía dolor en las rodillas y un hormigueo punzante en la nuca a causa del frío. Prefería tener privacidad con los íconos a escuchar los pedidos susurrados de los otros acólitos.

Sus íconos.

La santa que ella había elegido, una mujer de mediana edad llamada Siobhan, la observaba con su usual falta de emociones. La pared frente a ella contenía los cientos de íconos de la Abadía; cada uno de ellos, cuidadosamente enmarcado y colgado de largas sogas aterciopeladas que se extendían de un extremo a otro de la habitación. A pesar de todas las opciones frente a las que podía arrodillarse, Maeve regresaba a Siobhan porque le gustaba el color de su túnica. El amarillo cadmio era muy difícil de conseguir en el último tiempo.

Examinó el piso de piedra de debajo del reclinatorio, la mancha roja que había al lado de su rodilla izquierda. La quitó raspándola con la uña, luego observó los restos que le quedaron pegados en el pulgar. *Rojo óxido.*

El guardia apostado en la entrada de la basílica hizo un chasquido de desaprobación cuando abrió las puertas dobles para dejarla salir. Maeve bajó la mirada, tratando de ignorar el rubor que sentía en las mejillas y el peso de la mirada del guardia cuando las atravesaba. Se había quedado más tiempo del que le correspondía. Los acólitos podían entrar solos a la basílica solo bajo estricta supervisión, pero su estatus de iconógrafa le daba cierta flexibilidad. Aun así, Maeve no debía abusar.

Una capa salobre de agua de mar cubría el pasillo que llevaba a su estudio. La habitación ocupaba un solitario rincón de la Abadía, lejos de otros acólitos. A Maeve le gustaba el aislamiento; pintar era una acción que, en su opinión, se hacía mejor en solitario, pero el camino desde y hacia la basílica con frecuencia le parecía eterno.

Sus botas se resbalaron sobre la piedra mojada cuando aceleró el paso. Necesitaba llegar a su estudio antes de que la pintura al óleo se endureciera hasta el punto de quedar inutilizable. Era posible que Ezra estallara de furia si dejaba que otra pintura se echara a perder. Maeve ya le había suplicado a su mentor que le diera unas monedas para comprar más ónice y ocre dos veces este mes.

Además, Felix tal vez llegara temprano y ella no podía soportar la idea de que el santo la estuviera esperando.

Obtener una audiencia con Felix era un privilegio ganado con años de devoción, estudio y dedicación a su arte. Aunque estaba preparada para pintar un ícono con no mucho más que una vaga descripción, el honor de que un santo posara para ella era algo que no se tomaba a la ligera.

Felix era su primera sesión en persona, el primer santo de su nivel que plasmaría en un lienzo al óleo.

No pudo eludir el dardo de esperanza que le atravesó el pecho; quizás era más que un honor. Quizás era una señal.

Brigid, la iconógrafa líder, pensaba retirarse en los próximos meses. Su puesto quedaría vacante.

Podría ser de Maeve... *posiblemente*. Si iba con cuidado y demostraba su devoción, podría ascender de puesto y hacer que su voz tuviera peso en la jerarquía estrictamente reglamentada de la Abadía. Tendría permitido formar amistades con otros artistas, sentarse en el cónclave mensual de los sabios y artistas superiores, donde cada instante de la vida de la Abadía se decidía. Después de quince años de vivir en los pasillos de piedra caliza, finalmente vería tras bambalinas. Su vida ya no sería una de preguntas y confianza ciega. Propósito y pertenencia: dos cimas a las que había apuntado durante tanto tiempo, por fin estaban al alcance.

Siempre y cuando su ícono de Felix cumpliera con los despiadados estándares de Ezra, claro.

Tareas sencillas, sin duda.

La rigidez que sentía en los hombros finalmente se relajó al ver su estudio vacío. Felix aún no estaba.

Bajó el pañuelo que le cubría el pelo y se quitó las botas con las puntas de los pies para calzarse un par de pantuflas mullidas. El estudio era pequeño, apenas más grande que un armario, pero era *suyo*. Era más de lo que mucha gente podía decir, y estaba agradecida por ello.

Una corriente de aire se escabulló a través de la ventana semiabierta, cruzó el espacio y le acarició el cuello con dedos helados. Maeve atravesó por la habitación y la cerró bien. Normalmente la dejaba abierta para airear el constante olor a aguarrás y óleo, pero a medida que el invierno fuese afilando sus garras, tendría que soportar los gases. Eso, o congelarse.

¿Sería la habitación lo suficientemente cómoda para Felix? Fuera donde fuese que el santo pasaba su tiempo cuando no estaba en la Abadía, tenía que ser un lugar fastuoso.

Si vivía en el Goddenwood, entonces Maeve solo podía soñar con el lujo y la comodidad a la que él estaba acostumbrado.

El pueblo apartado en el que los santos más sagrados vivían en comunidad unos con otros era un misterio mítico en sí mismo. Nunca le habían dado la tarea de pintarlo —su talento yacía más en la retratística—, pero había estudiado suficientes representaciones de este como para imaginar con perfecta claridad sus techos con gabletes de puntas doradas y sus edificios de tonalidades de piedras preciosas. Por fuera del Goddenwood, los santos vivían en aislamiento, se recluían para enfocarse mejor en las plegarias que solo ellos podían responder.

Maeve aspiraba a tener su devoción, soñaba con ello, pero le resultaba difícil lidiar con la idea de tener una existencia tan solitaria. Quizás por eso solo los más santos de los santos tenían permitido vivir en el Goddenwood; la comunidad era verdaderamente la mayor recompensa.

La vida monástica tal vez fuese una virtud, pero la soledad...

La Abadía ya era suficientemente aislante en sí misma. Cientos de personas vivían en las habitaciones de piedra caliza —acólitos, artistas, sabios, guardias, criados—, pero se mantenían las interacciones entre ellos a lo mínimo indispensable. A veces, Maeve pasaba días sin hablar, incluso más sin contacto. Sumada a la estricta censura de la Abadía a la información sobre el mundo exterior, la soledad con frecuencia parecía un peso real sobre su pecho. Con el cual era imposible respirar.

Los santos valían cada pizca de sacrificio que vivir en la Abadía requería. Maeve estaba agradecida por la vida que le habían dado, la vida que sus padres habían elegido para ella a sus siete años. Siempre, *siempre* agradecida por la oportunidad de rezar y pintar.

Los íconos que dedicaba su vida a crear eran más que meros retratos; eran objetos de concentración, símbolos diseñados para conectar el intercesor con el santo. Ella no se tomaba a la ligera

su rol en la práctica sagrada, como tampoco las plegarias que obedientemente enviaba a los santos que pintaba.

Con delicadeza, Maeve trazó el contorno del perfil de Felix con la punta de su pincel. Un temblor emocionado pasó por sus dedos. Una paz que ardía despacio, debilitada por el constante aleteo de la devoción, no muy distinto a lo que sentía durante el rezo o el canto de los himnos. Una calidez, brillante y dorada y avasallante, le recorría el pecho.

Ya había completado el bosquejo de base para la sesión con Felix. Tenía la esperanza de que el resto del trabajo no tomara más de cuatro o cinco sesiones, aunque la pintura al óleo era una bestia cambiante y quizás tomara más de lo que había planeado. Los detalles podrían hacerse sin el santo, por supuesto, pero una parte de ella estaba tentada de estirarlo lo más posible para mantenerse en su presencia.

Se le crispó la mano, manchando con una línea de ocre oscuro la mandíbula del santo.

Maeve dejó caer el pincel.

Sin duda. Debía comportarse como una profesional. Solo como una profesional.

Justo cuando estaba recogiendo el pincel del piso, sonó un golpe a la puerta. Tras unas palabras severas a sus nervios para que se mantuvieran a raya, fue a abrirla.

Felix estaba parado del otro lado.

La realidad de su presencia la dejó sin respiración.

Un santo. Aquí, en su estudio.

Felix era alto e imponente, de tez marrón oscura y rostro cuidadosamente inexpresivo y de huesos elegantes. Unos cinco o seis años más grande que ella, quizás. La observó por un instante antes de fijar la mirada en algún lugar sobre su hombro izquierdo.

Unas palabras se le formaron y murieron en la lengua a Maeve. Lo había visto a la distancia, pero nunca tan de cerca.

El amplio brocado que decoraba la túnica negra brillaba color platino al arremolinarse sobre los hombros y bajar sobre el pecho de Felix. Una cicatriz le recorría el lado izquierdo del cuello y se extendía como una telaraña hacia la mejilla y la mandíbula, arrastrando el rabillo del ojo hacia abajo. Sobre el centro de su pecho destellaba un medallón, que con cada respiración revelaba un centro hueco. No era una reliquia, un medallón que representaba una conexión entre un sabio y un santo en particular, pero parecía. Lo suficiente como para que ella diera un paso inconsciente hacia adelante para observarlo más de cerca.

Estaba segura de que había visto algo *mal* en la luz que rebotaba contra el metal.

Felix se aclaró la garganta.

Maeve se sobresaltó y dio un paso al costado para dejarlo pasar a la habitación.

—Disculpe. Muchas gracias. Bienvenido. —Se contrajo de la vergüenza, tragándose otra oleada de palabras sin sentido, mientras Felix pasaba al lado de ella.

—¿Dónde quieres que me ubique? —preguntó. Tenía voz grave, rasposa.

—Allí. Por favor. —Señaló el taburete que había colocado cerca de la ventana.

Felix obedeció y se ubicó de forma tal que quedó casi por completo de perfil. El lado izquierdo de la cara con la cicatriz no se podía ver desde la posición de Maeve frente al caballete. Normalmente, los santos miraban completamente hacia delante, con una mano alzada, la otra en el regazo. Su bosquejo base lo tenía posando de esa manera.

Tomó un pincel e intentó pensar más allá del pesado silencio. Necesitaba pedirle que se moviera, pero ¿lo ofendería al hacerlo? Él parecía completamente absorto en la ventana. Si no hubiese sido por la tensión en sus hombros o el sutil movimiento

que hacían sus dedos bajo el puño de su túnica, Maeve se hubiese preguntado si el santo era consciente de su presencia. No podía pintarlo así. A Ezra no le gustaría nada, y ella necesitaba que el ícono de Felix fuese perfecto.

—¿Felix? —Maeve titubeó. Sus nudillos se decoloraron alrededor del pincel—. ¿Podría...? Digo, por favor, ¿podría moverse para mirarme de frente?

La miró fugazmente a los ojos.

—No.

—Necesito ver su rostro entero para el ícono —explicó, con una voz que se iba apagando con cada palabra.

Los dedos del santo comenzaron a moverse con más rapidez debajo del puño de la túnica, un frenético restregar del índice contra el pulgar

—Esto tendrá que bastar —repuso él después de una pausa intensa.

Maeve mojó el pincel en la pintura. Era realizable, pensó. Podía dejar su dibujo del cuello para abajo y, aun así, que el rostro mirara hacia el costado. Se le ocurrió algo mientras trazaba en dorado la curva donde el cuello se encontraba con el hombro, al delinear los contornos del halo que rodeaba el rostro: ¿quería ocultar su cicatriz?

La textura no era como la de las cicatrices de su propio cuerpo o las que había visto en los hombres que había conocido en el pueblo; aunque prefería no ponerse a reflexionar en sus amoríos secretos en estos momentos, temiendo que Felix pudiera de algún modo saber qué pensamientos daban vueltas por su cabeza. Estaba pintando su ícono, después de todo, y más allá de su habilidad para responder plegarias, sus santos poderes eran, en gran parte, un misterio.

La Abadía no sabía que a ella le gustaba pasar algunas noches fuera en la cama de otra persona, y quería que siguiera

siendo así. Algunas cosas eran una gratificación privada, solo para ella, delicias con un dejo de remordimiento. Una eterna vacilación entre dejar que la culpa se la devorara y rebelarse contra la retórica de la Abadía sobre la castidad. Como iconógrafa, se le exigía castidad. Sus sentimientos personales no importaban bajo el peso de su título.

Sus pensamientos se fueron extendiendo a medida que pintaba, que se hacía más profundo el silencio.

Había un santo en su estudio. ¿Alguna vez volvería a tener ese honor, un objeto de su devoción tan cerca? ¿*Solo*, sin oídos atentos al acecho?

Si obtenía el puesto de Brigid, sin duda. Si no... Maeve no sabía qué forma podría tomar su vida. Intentó apartar el pensamiento corrosivo de su mente. Le ocultaban tanto sobre la Abadía. Si se convertía en la iconógrafa líder, tal vez eso cambiara...

Lentamente, sus ojos se alzaron hacia Felix.

Un santo frente a ella. Preguntas en la lengua.

Interrogantes que llevaban tiempo fermentándose acerca de la santidad, su santa magia, el misterio alrededor de su mismísima existencia. Las plegarias de la propia Maeve lanzadas empecinadamente al mundo. Preguntas prohibidas e incluso dudas más insidiosas.

Pero no podía preguntar. *No podía.*

No a Felix, ni a Ezra... a nadie. No había nadie a quien pudiera preguntar, nadie que pudiera reconfortarla.

Se obligó a regresar la mirada a la pintura. Levantó el pincel. Le creció una presión justo detrás de los ojos.

Las olas golpeteaban del otro lado de la ventana, alentando una agradable relajación en las extremidades de Maeve. La acción de deslizar el pincel sobre el lienzo salía por instinto. El sol débil se transformó en sombra, la sombra en oscuridad crepuscular. Su mirada se esforzó por concentrarse solo en lo que las

cerdas tocaban. Una oreja. El pliegue de una capa. El arco de su pómulos iluminado por un siena puro.

Pasaron minutos, horas quizás.

Se le volvió superficial la respiración, se le tensaron los músculos de los hombros y la muñeca. No quedó nada más que él. No podía existir más que lo que ella formaba con la pintura y el pincel. La luz áurea de las velas parpadeaba en los extremos más recónditos de su vista. Quizás había sido un error mantener la ventana cerrada, el fuerte olor de la pintura le llenaba los pulmones.

Un zumbido bajo se filtró en sus oídos.

Con él, una voz. Una sugerencia susurrada.

Tal vez *podía* pedirle lo que quería. Quizás podía rogarle que respondiera sus plegarias, que invocara sus gloriosas habilidades y le concediera todas sus súplicas. Si ella pudiese pintar un ícono digno de él, un ícono que la impulsara hacia el puesto de iconógrafa líder, entonces tendría la seguridad que anhelaba con tanta desesperación. Lo único que Maeve quería era pertenecer. Ser reconocida. Que le confiaran los secretos de la Abadía. Quería ser tallada en la historia de forma tan firme como los íconos que ella misma retrataba. Solo tenía que dar lo mejor de sí y todo lo que ella quería podía ser suyo.

Todo.

Se sentó en la cúspide, el precipicio justo antes de la caída. El viento le golpeaba la espalda. Nunca se había acercado tanto al borde. ¿Cómo se sentiría saltar? ¿Romper todas las reglas y *preguntar, preguntar, preguntar*? Romper el espejo y abrir la puerta. Ver por completo la gloria de la Abadía a la que sin reparos le había dado cada ápice de fe inquebrantable que tenía para dar.

Una oleada de dolor le bajó por el brazo a los dedos acalambrados alrededor del pincel para luego deslizarse deprisa hasta detrás de los ojos y quedarse allí. Comenzó a nublársele la vista.

En el espacio entre respiraciones, Maeve se inclinó hacia atrás sobre su banqueta.

Parpadeó lentamente, lentamente.

Bien arriba, el techo daba vueltas y se hundía mientras que el mundo se tornaba tenue, diáfano, metálico. La realidad se desenrolló como un hilo. Un calor le subió por los brazos, le recorrió los hombros y bajó en espiral alrededor de su columna. Un suave espacio de acogedora nada. Un sueño sin dormir.

Un empujón en el hombro. Dedos sobre su pulso...

Maeve volvió en sí con una inhalación ahogada.

Felix estaba por sobre ella, una figura inmóvil y espectral. Maeve se incorporó de un salto desde donde había estado tirada en el suelo. Sintió una oleada de náuseas mientras que la vista le seguía dando vueltas. Una delgada capa de polvo cubría todo en la habitación, tenue y titilante como el polvo de oro.

¿Cuánto tiempo?

¿Cuánto tiempo había estado en el piso? La sequedad de sus ojos y el dolor en la parte baja de la espalda le indicaron que debió haber sido un buen rato.

—¿Felix? —La voz de Maeve sonó áspera y ahogada en el silencio profundo.

Él no respondió, solo miraba fijo. Pero no a ella, a su ícono. Maeve se giró.

Mirándolos desde el caballete con una autoritaria curvatura en los labios, estaba Felix al óleo, completamente formado. Despacio, ella se estiró hacia las finas líneas blancas pintarrajeadas en la esquina del lienzo: su firma, una M cuyos bordes se enroscaban en un círculo alrededor de la letra. La pintura estaba dura al tacto. Debería haber tomado días para finalizar y semanas para que la pintura al óleo se secara por completo.

Estaba *soñando*. Tenía que estarlo.

Presionó los dedos con más fuerza contra la pintura seca para comprobar que no estaba imaginando. Polvo de oro le doraba la mano. Había pintado la sombra bajo el mentón de Felix hacía menos de una hora, teniendo en cuenta el paso del tiempo según se movían las sombras en su regazo. Las capas gruesas de pintura al óleo hacían picos como el merengue sobre el lienzo.

Y, sin embargo, estaba *seca*.

Imposible.

Maeve se volvió hacia Felix. El mismo polvo de oro que la cubría rozaba los hombros y los puntos sobresalientes del rostro del santo. Una figura sagrada, que demandaba su respeto inquebrantable.

Pero aun así, pero *así y todo*...

—¿Usted hizo esto? —preguntó con voz ronca.

Felix tragó con fuerza.

—No fui yo.

Ella lo miró incrédula.

—¿No fue usted?

—No —respondió, igual de breve, casi despectivo.

Su tono irritó algo en lo profundo de Maeve, una parte suya que estiraba sus extremidades cada vez que un sabio la ignoraba cuando hablaba o cuando Ezra rechazaba uno de sus pedidos de más suministros. Ese tono de menosprecio no era desconocido, pero eso no lo volvía más fácil de tragar.

La mirada de Felix bajó al suelo. La frustración de Maeve se encendió más, desplazándose con seguridad hacia el enojo. ¿Quién más podría haberlo hecho? Él era quien tenía magia corriéndole por las venas. Él era el santo. De algún modo, él había secado su pintura, le había quitado horas de vida en el proceso, ¿y se atrevía a tratar de convencerla de que no había sido él quien estaba detrás?

—Felix —comenzó a decir Maeve firmemente. Tenía que hacerle frente de algún modo. La había involucrado en su acto

de magia, había involucrado su *trabajo*, y eso sin lugar a dudas merecía explicaciones, pero encontrar las palabras para exigir las sin ofender su posición resultaba difícil—. Creo que yo...

—Ezra —interrumpió Felix—. Debemos buscar a Ezra.

Maeve cerró los ojos brevemente, mientras intentaba tragar las espinas que sentía en la garganta antes de girar hacia la puerta. Una mano en su muñeca la detuvo.

—No. Yo lo haré —sostuvo Felix, negando con la cabeza—. Yo lo encontraré. Tú quédate aquí.

Algo se alzó en Maeve cuando él se movió para irse, más fuerte que cualquier otro impulso que jamás hubiese sentido. Un fuego candente, fantasmal sobre su piel. Una pregunta sobre su lengua que no podía recordar haber puesto allí. Se le abrió la boca como si buscara aire después de estar ahogándose.

—Su cicatriz —preguntó ella con voz ronca—. Es de un incendio, ¿no es cierto?

Felix se detuvo de espaldas a ella. Lentamente se dio vuelta. Sus ojos encontraron los de Maeve.

Antes de que pudiera responder, sonó un golpe a la puerta.

Una lámpara de aceite colgada sobre la pared envolvió a Ezra en un halo de luz desde los hombros hacia arriba. Su túnica marrón oscura estaba mojada con agua de mar en los dobladillos.

—Felix. Maeve —saludó—. Estaba terminando mis rondas vespertinas cuando escuché sus voces. ¿Está todo bien?

Antes de que ninguno de los dos pudiese responder, se le abrieron los ojos frente al estado de la habitación, el polvo de oro que cubría cada superficie. El ícono de Felix observaba desde la esquina. Ezra dio unos pasos para dejarlos atrás y acercarse a la pintura. Pasó los dedos suavemente sobre los picos secos, sobre su firma en la esquina.

—¿Ya está terminado? —Se volteó hacia Maeve, su mirada azul claro llena de confusión—. ¿No acabas de comenzarlo?

Maeve abrió la boca para responder cuando su mirada captó la de Felix.

Los ojos del santo se clavaron en los de ella con una intensidad enloquecedora. Cada momento que él se había negado a mirarla se fusionó ahora en su mirada; algo tan ferviente que Maeve sintió que él estaba tratando de hablar directamente dentro de su mente.

Indignación y algo parecido a la confusión se revolvieron en su estómago. ¿Cómo podía Felix ponerla en esta posición? ¿Qué se suponía que debía decirle ella a Ezra? Así como no podía permitir que su carrera quedase en riesgo debido a la magia que Felix hubiese desplegado para terminar su ícono, tampoco podía mostrarse irrespetuosa ni *dudar* del santo que tenía frente a ella.

La verdad, entonces. Su única opción.

Se volvió hacia Ezra.

—Comencé con los óleos hoy. Estaba trabajando y había una luz dorada y el crepúsculo...

Felix se acercó unos pasos. Maeve lo miró. Algo parecido al pánico se asomaba en su semblante. ¿Era su imaginación o acababa de decirle que no con la cabeza?

Abruptamente, el miedo la invadió. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Qué había *hecho* Felix?

¿Y estaban a punto de echarle la culpa a ella?

—¿Maeve? —la apremió Ezra. Se obligó a regresar la mirada a su mentor. A su expresión plácida, alentadora. Ezra le apoyó una mano en el hombro y lo apretó con suavidad—. Sea lo que sea que haya pasado, puedes decírmelo.

Maeve inhaló temblorosamente.

—Bueno... Me comenzó a dar vueltas la cabeza. Creo que me desmayé, y cuando...

—Parecía que no estabas bien —interrumpió Felix—. Un desvanecimiento. A las mujeres les pasa a veces. Histeria.

—No creo —Maeve logró decir atravesando la ira que le cubría la garganta—. ¿Cómo explicaría eso la pintura seca? Además... —Hizo una pausa mientras sopesaba sus palabras—. Usted estaba aquí. ¿Qué vio?

Felix cerró los ojos un instante, exhalando con fuerza por la nariz.

—Eso, Felix, ¿qué? —murmuró Ezra.

Maeve quería preguntar más, exigirle a Felix que le contara a Ezra toda la historia. Era su carrera la que estaba en riesgo, después de todo. Pero ¿qué podía ganar si hacía enfadar a un santo?

La gravedad de lo que estaba pensando la golpeó de lleno en la cara; quizás era ella la que estaba equivocada.

¿Quién era *ella* para cuestionar a un santo?

Maeve bajó la cabeza frente a la mirada opresiva de Felix. La culpa le inundó el pecho.

—Se hace tarde —continuó Ezra—. Quizás sea mejor que vayas a tu habitación, Maeve. Necesito hablar con Felix. Hablaremos de esto a primera hora de la mañana. —Tiró de ella por un hombro para hacerla girar, con una sonrisa en la cara—. Una buena noche de descanso sin duda te traerá claridad.

Felix desapareció por el pasillo opuesto mientras Ezra la guiaba afuera de la habitación. Sus pasos hacían un eco como de campanas en la mente aletargada de Maeve.

—Maeve —llamó Ezra en voz baja. Ella arrastró la mirada hacia la de él.

La luz de las antorchas parpadeaba, lamiendo las paredes de piedra caliza con largas llamas. El peso que Maeve sentía en los hombros aumentó. La sonrisa de Ezra pareció suavizarse en respuesta. Una calidez invadió su pecho. Una fruta del bosque temprana, agria en su lengua. Cuando él le habló, su voz sonó apagada y lejana. Había anticipado enojo por sus preguntas, por su impertinencia. No... esto: esta sonrisa suave, esta mano guiadora.

—Déjame acompañarte a tu habitación —propuso Ezra.

Pronto, Maeve estuvo sentada al borde de su cama, frotando el dobladillo de su falda entre el pulgar y el índice. Las sombras perseguían a Ezra, que se movía por la habitación. La oscuridad se ondulaba en el espacio liminal entre las pantuflas de Maeve y el marco de la puerta. Más densa que el aire, menos que el agua. Cuando se recostó contra las almohadas, la luz detrás de sus ojos se apagó hacia una oscuridad de noche profunda. Se cubrió la cara con el pliegue del codo.

Ezra cerró la puerta detrás de sí. El cerrojo se deslizó a su lugar con un clic metálico.